



Jesús Galindo y Villa

“Jesús Galindo y Villa”

p. 77-94

Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



JESÚS GALINDO Y VILLA

LAS NUEVAS DIRECTRICES DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

*Fragmentos de introducción a unos
"Apuntes de metodología y crítica históricas"*

DECÍA Victor Hugo que a la decadencia de la arquitectura —inmenso libro de piedra donde la Antigüedad y los siglos medievales grabaron sus anales— se llamó Renacimiento; decadencia magnífica, porque el antiguo genio gótico penetró algún tiempo, con sus últimos rayos, por el hacinamiento de arcos latinos y columnatas corintias, detrás de la gigantesca prensa de Manguncia. Es —agrega— una puesta de sol que hemos confundido con una aurora: el libro mataría, "históricamente", al arte de construir.

Pero el Renacimiento no tuvo por limitación únicamente a la bella hermana de la pintura y la escultura; le hubiera bastado con el prodigioso milagro de Colón, al completar la geografía del globo, si algo más hondo y elevado no hubiera cambiado, siglos después, la ruta de la humanidad: las *nuevas* ideas, que, al par de profundos errores, deberían inundar al mundo en alas del invento maravilloso de Gutenberg, desde el siglo xv; después, en el siglo xvi, con más atrevimiento; y en el xvii, con mayor intensidad, para alcanzar su punto de saturación en el xviii. Este último, más que centuria de los filósofos y de la Enciclopedia, lo mismo que el xix, debería llamarse de las *ciencias nuevas* porque es prodigiosa su fecundidad. Las ciencias naturales les deben la geología y la paleontología, instrumentos de tortura para los sabios que se han echado a buscar por todas las capas de la tierra al famoso *precursor* del *homo sapiens*; y la misma ciencia del hombre, la antropología, las ciencias morales y políticas, la psicología

o ciencia del espíritu humano, así llamada por los psicólogos alemanes de la escuela de Wolff, que establecieron la distinción clásica de las tres facultades morales (sensibilidad, inteligencia, voluntad); y la sociología, apenas comprendida en toda su magnitud por el mismo Augusto Comte, discípulo de Saint-Simon. La paleografía nació en Francia en los brillantes días de Luis XIV “entre el fragor de la controversia” (siglo XVII), debida al escepticismo del bolandista Papebroch que rechazaba como apócrifos casi todos los documentos de la primera mitad de la Edad Media. La diplomática nació gemela de la paleografía; al par que, asimismo, surgió en el mundo de la investigación la importantísima filología, la clave para la interpretación de los documentos, y cuyo padre, sobre todo de la filología clásica, fue, como afirma García Villada, el sabio alemán Wolff, fundador de los dos seminarios filológicos de Halle y de Berlín, respectivamente.

Todavía hoy se inventan ciencias nuevas dentro de la biología, por ejemplo, como la plasmogena, para *fabricar*, aun cuando sea artificialmente, *la base física de la vida*, como llamó Huxley al protoplasma, base de las celdillas de los tejidos y seres, para llegar a deducir, entre otras, la curiosa ley biológica de la fraternidad universal: todos los entes del universo derivan del éter y son hermanos: ese mismo éter es el protoplasma del universo; la vida universal es la actividad físico-química del éter (Herrera).

La historia, ciencia moral inductiva, como la clasifica Paul Janet (*Traité élémentaire de philosophie*), cuyo método según este filósofo es comparable, entre otros, al de la geología, pues en una y otra se concluyen de ciertos hechos otros hechos, de los cuales los primeros son signos de hechos pasados; la historia no podía escapar al movimiento envolvente del siglo XVIII, ya iniciado, como dijimos, desde el gran periodo del Renacimiento.

Dos fueron, en este tiempo, las innovaciones que los literatos, filólogos y pensadores emprendieron en el campo histórico, una de las cuales se admite hasta el día sin modificación. Esta primera fue, como lo explica García Villada, el arreglo cronológico de las edades históricas. La historia de la antigüedad se dividía teniendo en cuenta el dominio de los distintos pueblos, egipcios, asirios, medos, persas, etcétera; posteriormente el cristianismo consideró la historia bíblica como la clasificación de las dife-



rentes épocas, de donde partió, a su vez, san Agustín para su teoría de las seis edades del mundo. Recuerda el mismo García Villada que, paralelamente a esa teoría, surgió la de las cuatro monarquías basadas en los sueños de Daniel acerca de los cuatro reinos, Babilonia, Media y Persia, la Macedonia después de la de Alejandro, y el Imperio romano. Ambos sistemas se desarrollaron en combinación, suponiendo que este imperio duraría hasta la consumación de los siglos. Pero cayó Roma y los sabios de la Edad Media se forjaron la ilusión de que los emperadores bizantinos, primero, y los francos de Carlomagno después, eran los continuadores de los césares; hasta que los filólogos y literatos del Renacimiento rompen la tradición: éstos se dieron cuenta de la diferencia entre la lengua clásica y la que a ella sucedió, desde el siglo v al xv; entre ésta y la del Renacimiento; y como por otra parte la lengua es uno de los elementos principales de un pueblo, establecieron, según su criterio, la división de *aetas antiqua*, *media et moderna*, que, como lo asentamos, prevalece hasta el día (G. Villada, *Metodología y crítica históricas*, ed. 1912).

La segunda innovación fue apuntada, asimismo, desde el Renacimiento, y que el siglo xix ha realizado en parte: la aspiración a ensanchar el *contenido* de la historia, transformando la antigua historia política en *historia de la civilización*, cuya importancia consiste no sólo en *incorporar* a la literatura histórica el estudio de las ciencias, las artes, la industria, las costumbres, etcétera, etcétera, de cada pueblo, sino en ver totalmente la vida de éstos; es decir, en apreciar el conjunto de sus órganos y funciones con su respectiva dependencia y relación en la unidad del sujeto a que pertenecen. La historia antigua nos da un fragmento solo de la realidad: la moderna aspira a mostrárnosla en su totalidad plena (Altamira, *Cuestiones modernas de historia*).

II

La creación casi simultánea de numerosas disciplinas científicas, de escuelas filosóficas que echaban o pretendían echar por tierra los viejos métodos, las teorías e hipótesis novedosas y atrevidas, dividieron a los pensadores, a los hombres de ciencia y a los investigadores, y, como era natural, en opuestos bandos, las ideas

antagónicas se encontraron y chocaron; la controversia esgrimió todas sus armas; las teorías se combatieron junto con las hipótesis, y llegó el momento supremo en que se enfrentaron cátedra y cátedra, sistema y sistema, ciencia y ciencia. No poco de lo nuevo ha necesitado solidificar su base de sustentación que amenazaba desmoronarse al empuje siempre infalible de la razón, del análisis científico y de la documentación positiva; el resto de esas creaciones o ha desaparecido o se mantiene envuelto en la incertidumbre que se encuentra en todas las ciencias en mayor o menor escala —a excepción de las matemáticas puras— según observa Monod. Toda suerte de investigadores se han lanzado a la arena de la especulación científica para despejar la incógnita de incontables ecuaciones de los modernos conocimientos humanos; y una vez más la ciencia histórica se encuentra surgida [sic] por fuerzas que operan en todos sentidos y en todas direcciones, y que invaden, como los aluviones, su inmenso campo de perpetuas actividades.

La historia ha menester para su construcción de no pocas ciencias y de las llamadas ciencias “auxiliares”, muchas de las cuales aún están en vías de formación, y otras pasan por crisis y convulsiones que, o las reafirmarán o acabarán por hacerlas desaparecer como disciplinas y direcciones.

Tomemos al vuelo, por ejemplo, la sociología y la prehistoria entre las ciencias nuevas y lo que Voltaire llamó *Filosofía de la historia* y hagamos algunas consideraciones. ¡Qué de problemas surgen ante la vista absorta del historiógrafo cuando tiene que servirse, como instrumentos, de esas ciencias o de tales doctrinas o sistemas!

Dijimos que Augusto Comte no hubo dado a la sociología todo el alcance que después ha tenido tan importante disciplina; por eso Durkheim dice, con toda verdad, que hay que reconstruir la génesis de esa ciencia; esto lleva a un estudio más profundo, más intenso, más trascendental para las ciencias históricas. Montesquieu, por ejemplo, al declarar, como dice el profesor de la Sorbona, que las leyes son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, comprendió que esta definición de la *ley natural* (punto controvertible) se aplica a las cosas sociales como a las demás cosas: su *Espíritu de las leyes* tiene precisamente por objeto demostrar cómo las instituciones jurídicas

están fundadas en la naturaleza de los hombres y en los medios en que viven. Así, la discusión del postulado de aquel célebre filósofo francés conduce igualmente al estudio del origen mismo del hombre. Y no se crea que esto es ocioso, pues Herbert Spencer, al referirse al sistema político-social y sansimoniano del autor de la *Philosophie Positive* —sistema calificado por Stuart Mill como el sistema más completo de despotismo espiritual y temporal que jamás haya existido en cabeza humana—, y al tocar el problema del *origen de la sociedad*, explica, en sentido evolucionista, merced a las leyes de adaptación, selección, correlación y herencia, la *autogénesis* del hombre, estrechamente enlazada en su teoría con la génesis de la sociedad. Como resumen de la doctrina de Spencer, establece Fouillé un paralelo entre el cuerpo social y los animales que ocupan el último lugar de la serie orgánica.

¿Qué podríamos decir de todos los fenómenos sociales que hoy se desarrollan ante el historiógrafo, y de los nuevos derivados de las ciencias sociales? Aparte de las doctrinas fundadas por Carlos Marx, como las socialistas, aparte del comunismo, del anarquismo, etcétera, cuya esencia no debe ignorar el historiador, se desenvuelven otras como el llamado *materialismo histórico*, o más bien el determinismo económico, que pretende explicar la relación de causalidad existente entre el fenómeno económico y los demás epifenómenos; lo inconsciente en historia, el problema del “genio” y la colectividad, lo contingente en historia, etcétera, etcétera, y hasta la discusión de la escuela positivista de que en la teoría evolucionista de la “lucha por la vida” no triunfan ni el más apto ni el mejor acondicionado. El *contrato social* expuesto por Hobbes en Inglaterra y por Juan Jacobo Rousseau en Francia; el origen, la naturaleza y el destino del hombre, que se eleva de su ser individual hasta el conglomerado social, a través de las varias formas de las instituciones sociales; la autoridad social, su origen, sus formas políticas, su misión y la estructura del cuerpo social, constituyen amplio y vastísimo campo especulativo para el historiógrafo, principalmente de las causas finales del orden social, causas trascendentalísimas para la vida de las naciones, puesto que persiguen, como dicen los sociólogos contemporáneos, tres fines esenciales: el fin intelectual (libertad de enseñanza); el moral (libertad de pensamiento y de palabra, y por ende

el libre albedrío; y la libertad de asociación); el fin económico (todos los problemas de la economía política).

La prehistoria es hija de la geología y la paleontología; grandes servicios ha prestado recientemente con sus descubrimientos e investigaciones al arte primitivo de la humanidad, y para aclarar un tanto las espesas tinieblas que pueblan los orígenes de la especie humana; pero al ocuparse en esta cuestión se ha descarrilado y aún no acaba de salir de los breñales donde ha osado penetrar. Después que el fogoso Ernesto Hæckel, discípulo de Carlos Darwin, propagó las teorías sobre la generación espontánea y el transformismo o evolución de las especies naturales (idea sin originalidad, porque ya Buffon había asentado antes que el hombre y el mono tienen el propio origen, y pocos años más tarde Lamarck asentaba otro tanto, pero antes también que la escuela darwinista), los naturalistas se echaron a comprobar prácticamente el transformismo antropológico y a explicar cómo la materia, a vueltas de una serie de transformaciones ascendentes, llega a evolucionar desde el mono platirrino hasta el antropoide, desde éste al antropopiteco, el homúnculo, el troglodita, el aborigen, el terrícola, etcétera, y cómo en el árbol genealógico de los vertebrados —formado por Hæckel— figuran desde la gastreia hipotética, considerada como un protozooario policelular, hasta el *superhombre*, hipotético también, de Nietzsche, y que, como es fácil suponer, ningunos ojos humanos han visto hasta hoy. Entonces, analizando ese encadenamiento de los seres, desde el anorgánico y aplacentario hasta el mamífero más perfecto, o sea el hombre, el primate de Linneo, los naturalistas transformistas supusieron que en la serie animal había una laguna que debió corresponder al buscado *precursor* del hombre cuaternario, precursor al cual Mortillet denominó bajo el nombre de Antropopiteco u hombre-mono.

Los descubrimientos más en boga fueron, uno, el del cráneo dolococéfalo de Neandertal (Prusia Renana), con el que se hizo la grotesca reconstrucción ideal del hombre primitivo cuando estaba en vísperas de abandonar el pelo que cubría todo su cuerpo, las garras y la cola, heredadas de sus parientes, los antropomorfos el gorila, el chimpancé, el orangután y el gibón; y el otro descubrimiento fue el de unos huesos fósiles que el francés Duval

encontró en los terrenos aluviales terciarios de la isla de Java; el descubridor de esos despojos clasificó a éstos como pertenecientes al *Pithecanthropus erectus*, hibridismo grecolatino que traducido al romance quiere decir: *mono-hombre en actitud o posición recta o erguida*.

Ya conocemos el fracaso de la prehistoria sudamericana en punto análogo, con el hallazgo paleontológico del *homo pampeus* (hombre de las pampas), clasificado por el sabio naturalista doctor Ameghino, el finado director del Museo de La Plata, quien dogmáticamente asentó una doctrina inversa a la del transformismo ascendente: “No —dijo—, no es el hombre que viene del mono o de los antropoides, sino éstos que se han separado y alejado de él por una bestialización progresiva” (!!).

Pero ¡qué embrollo no se traerán los sabios en cierto género de especulaciones, al grado de que ellos mismos se *bestializan* y de paso a la humanidad entera! Esta consideración no es una invención mía ni tampoco una calumnia a los filósofos y pensadores a quienes se hace alusión: se lo dice Voltaire a Juan Jacobo Rousseau, cuando escribía al ginebrino, a propósito del *Discurso* de éste sobre el origen de la desigualdad de los hombres, estas palabras: “Jamás se ha empleado tanto ingenio en pretender convertirnos en bestias; al leer vuestro libro se sienten deseos de caminar en cuatro patas”. Y, con motivo de estas alusiones, Pallissot en su sangrienta comedia *Philosophes* introduce en escena a Rousseau caminando efectivamente en cuatro patas (J. M. Llovera, *Sociología*).

A pesar de que la llamada *Filosofía de la historia* (Voltaire, *Essai sur l'histoire générale et sur les moeurs et l'esprit des nations*) fue más o menos efusivamente acogida por los filósofos-historiógrafos del siglo pasado, en buen lapso de tiempo, y después también de una copiosa literatura acerca de ella, ha sufrido su crisis y se halla en bancarrota; pero aún le es preciso al historiador considerar el espíritu con que fue planteada, estudiar su desarrollo y atreverse a espigar en su campo: el materialismo histórico, que ya citamos, era, como dice Asturaro, una filosofía particular limitada, una verdadera filosofía de la historia, si bien más científica que todas las precedentes.

Es un hecho —asienta Langlois— que el éxito más sólido, sin duda, que se ha logrado en el siglo XIX, consiste en que, habiéndose sondeado el vacío de todos los prejuicios generales de explicación, se ha renunciado a los más sensatos, y definitivamente a descubrir en la historia ora un plan, ora leyes comparables desde el triple punto de vista de la certidumbre, de la precisión, de la sencillez o simplicidad, a las de la mecánica celeste o de la biología. Cabe proceder metódicamente a la investigación de las causas y a crear un análisis especial para distinguir en la historia lo accidental de lo esencial, lo fortuito de lo normal.

Bien entendido, concluye Altamira que las *leyes* de los hechos cumplidos no son su *filosofía* (como algunos pensadores han pretendido) sino materia puramente histórica que cae de lleno en la esfera de acción de los historiadores. La historia, replica a su vez Gabriel Monod, se nos aparece como una biografía y una psicología de la humanidad; pero el hombre que reflexione en su propio destino o en el gran conjunto vivo de la misma humanidad, del cual forma parte, no puede dejar de hacerse preguntas que transforman el puro estudio histórico en especulación filosófica (¿historia filosófica?). ¿Por qué existimos? ¿De dónde venimos? ¿Cómo venimos? ¿A dónde vamos? Todas estas preguntas de razón de ser, de origen, de condición y de fin se presentan invenciblemente a nuestro espíritu: la filosofía de la historia se ha esforzado en contestarlas... Monod añade más: que la mayoría de los historiadores actuales, desconfiando de la filosofía de la historia, cuando pretende llegar de una vez a ambiciosas síntesis se contenta, como el mismo autor del *Essai sur les moeurs*, “sin pretender ligar las pocas verdades que se encuentran en los tiempos modernos a las quimeras de la antigüedad” (Voltaire, *Mélanges historiques*), con destacar los hechos esenciales que son la base de la vida de las sociedades, los caracteres de los diversos pueblos, las causas de su poder o de su debilidad, los cambios en las costumbres y en las leyes. A últimas fechas, Sales (*Tratado de filosofía*), aproximándose a Spencer aunque con diferencias muy sustanciales, considera que la sociología sustituye a la antigua filosofía de la historia. De Greef (*Transformismo social*) establece entre ambas una relación, al menos, de antecedente a consiguiente; Barth (*La filosofía de la historia como sociología*) viene a identificarlas, etcétera (véase: F. Giner de los Ríos, *Filosofía y sociología*).

El historiador se encuentra, pues, al proceder, en último análisis, a la construcción histórica, no solamente enfrente de *hechos*, sino ante innumerable cortejo de doctrinas, de filosofías, de escuelas, de teorías, de hipótesis, de controversias, de ciencias y de problemas que debe penetrar sin remedio, para fundar asimismo sus juicios, sus apreciaciones, y concatenar los acontecimientos que relata. La acción y la reacción constantes en los fenómenos sociales, principalmente, son nuevas líneas divergentes que tienden y se esfuerzan por separar al historiógrafo de los senderos del análisis sereno; y en medio de ese aparente caos se siente la necesidad de absoluto dominio de inflexibles directrices que conduzcan al investigador, sin extravíos ni vacilaciones —hasta donde lo humano puede permitirlo— a la síntesis formal y a la elaboración más perfecta del trabajo histórico. A esto ha tendido y tiende en los actuales tiempos la ciencia de la historia.

¿Cuáles son estas directrices de los estudios históricos? El método histórico y la crítica histórica. La historia, por el *fondo* de su moderna estructura (*idea genética* que lo informa), ha pasado a la categoría de ciencia, después de atravesar por las formas seculares de historia narrativa y de historia pragmática, para llegar a su actual periodo evolutivo de historia genética (*génesis*, nacimiento, origen, principio), causal o razonada, cuyo fin es indagar el origen de los sucesos: la actual concepción genética enlaza todo fenómeno a sus antecedentes y al medio. Alemania y Austria, con sus admirables laboratorios históricos, caminan a la cabeza de este movimiento; Inglaterra les sigue con sus centros de estudios en Oxford; Francia, con su Escuela de Altos Estudios de París; Italia, con sus focos históricos en Roma y en Turín.

III

De la anterior exposición deducimos, resumiendo:

- a) “Que en la nueva era histórica, el concepto genético es el que imprime a la historia su carácter científico”;
- b) Que para el trabajo histórico y la construcción histórica, se halla el historiador en medio de numerosas y encontradas corrientes doctrinales, filosóficas, etcétera, de ciencias nuevas y de

direcciones previas que seguir, obligándolo a entrar por la disciplina del método histórico-crítico;

c) Que el método histórico-crítico y los resultados de las operaciones constituyen la ciencia de la historia (ciencia de carácter analítico);

d) Que ese método es un trabajo de análisis y síntesis complicadísimo, del cual entran a formar parte numerosos principios y ciencias auxiliares que le sirven de guía; y que es el vigente en las altas esferas de la ciencia histórica europea.

En consecuencia, todas nuestras labores e investigaciones deben sujetarse a tal disciplina, y colaborar para el establecimiento definitivo, ante los estudiantes mexicanos, del método científico en los estudios históricos.

Observamos ciertamente (Herranz, *Historia de la filosofía*, edición novísima, 1915) una tendencia actual, en todas las esferas del saber y del entendimiento humano, a designar las causas, las mutuas relaciones y consecuencias de los hechos que sucesivamente se han ido presentando; aparte de que las ideas, los hechos, se desarrollan en condiciones y circunstancias del medio ambiente, y que la vida civil de los pueblos no puede explicarse sin su clave, que es la historia de la filosofía: los hechos históricos, las acciones humanas, son la expresión externa, la encarnación de la realidad de las ideas que los engendraron y los impusieron a la voluntad. Pero desde el punto de vista del método que debemos aplicar, es preciso no confundir aquel que se emplee para la mera investigación y el trabajo histórico propiamente dicho, con los sistemas filosófico-históricos, que no se rozan con el método sino de soslayo, como advierte García Villada; tanto más que la historia *no es una ciencia conjetural*, según nota juiciosamente Lévi-Alvarès.

Hay, en general, muy poca costumbre de tratar científicamente los hechos históricos, como también los hechos sociales, que suelen tocarse y aun sobreponerse con aquéllos (importancia de establecer separadamente la génesis y la diferenciación del *hecho histórico —hecho social— fenómeno social —nómeno—* y fijar sus connotaciones); y si hay una ciencia de la historia, así como la hay de las sociedades, se tiene, por tanto, el derecho de esperar que sean ambas ciencias algo más que una paráfrasis de los prejuicios tradicionales; a que nos hagan ver las cosas de una mane-



ra diferente de como se manifiestan al vulgo; puesto que ya al *sentido común* (o sea la expresión espontánea de la razón general de la humanidad, como lo definía Lamennais) no se le otorga la autoridad que hace tiempo ha perdido en las demás ciencias. De consiguiente es indispensable que el estudioso se resuelva a no dejarse intimidar por el resultado de sus investigaciones, si éstas están hechas *metódicamente*. Además —enseña Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, ed. 1912—, no debe olvidar nunca el investigador que las maneras de pensar a las cuales se está habituado son más bien contrarias que favorables al estudio científico de los hechos históricos o de los fenómenos sociales.

Corresponde al siglo XIX la constitución del método histórico-científico, como consecuencia de la transformación completa de la historia durante los últimos cien años, hasta constituirse ésta, a su vez, como disciplina (Altamira, *Cuestiones modernas*, *op. cit.*). De consiguiente, como resultado de esa transformación, lo primero en la historia, como en las demás ciencias, es el método, que hoy se cultiva en primera línea principalmente en casi todas las universidades de Alemania, donde hay fundadas clases de metodología histórica.

Y no podría ser de otro modo.

El método —dice uno de los metodologistas históricos más estudiosos— es a una ciencia, lo que los rieles al tren. Por falta de método se pierden muchas veces energías que, encauzadas, hubieran producido ciento por uno. Por falta de método se suelen muchas veces desflorar todos los temas posibles de la historia, sin tratar ninguno a fondo, contribuyendo así a quitar ánimos a quien los hubiera tratado mejor. Se suele decir que la historia es una ciencia de sentido común, y por lo mismo que sus puertas están abiertas a cuantos quieran penetrar por ellas. Lo mismo podría decirse de la mayoría de las ciencias. Esta idea ha dado pie, como notan Waitz, E. A. Freeman, el P. C. Sinedt y Bernheim, a ese diletantismo que ha invadido el campo histórico más que ninguno otro (G. Villada, *op. cit.*).

Ya vimos que la *incertidumbre* se encuentra en todas las ciencias en mayor o menor escala, a excepción de las matemáticas puras; por manera que hay en todos nuestros conocimientos históricos una parte de incertidumbre, y precisamente la finalidad del

método histórico-científico es la de enseñar por medio de qué *procedimientos de investigación y de interpretación* puede circunscribirse esta parte de incertidumbre y *llegar aproximadamente a la verdad más perfecta posible* (G. Monod, *La historia*).

Tal es, pues, la esencia del método: “Éste es —dice el ilustre filósofo de Vich— el orden que observamos para evitar el error y encontrar la verdad”; o en otros términos: “Método es el conjunto de medios de carácter teórico, propio para llegar a la verdad científica”. El método tiene por misión suprema y elevada perfeccionar el espíritu y llevarle en la mejor forma a los conocimientos. Para lo primero, basta el ejercicio; para lo segundo, se han menester múltiples elementos, entre los cuales está la naturaleza de los conocimientos (Ruiz, *Pedagogía*).

A su vez, la *metodología* es —como todo individuo medianamente instruido sabe— una disciplina de carácter científico (la ciencia del método): es la exposición de preceptos, procedimientos o sistemas para llegar más fácilmente al resultado de un trabajo cualquiera. Según la ciencia, o las partes de ella, así se aplicarán los procedimientos (o sea todo recurso de carácter práctico propio para realizar los *medios* que forman el *método*) para alcanzar el fin de ese trabajo. Por tanto, sentadas las reglas del *método general* se desciende al detalle de las del *especial* hasta para cada materia individualmente, con las modificaciones consiguientes: método especial para la enseñanza de la historia; para la autenticación de un documento histórico; la extracción química del alcaloide de una planta; la aproximación de una ecuación algebraica (método de Newton-método de Lagrange, etcétera).

Pero en muchas ciencias aún no se constituye su método especial; por ejemplo en las sociales, aunque profesores eminentísimos pugnan por sentar las bases de aquél en lo referente a tales disciplinas. En efecto, Emilio Durkheim, en su ya citado trabajo *Las reglas del método sociológico*, ha tratado de labrar los cimientos de éste, con direcciones propias del autor y que ha ensayado en su cátedra de la Facultad de Letras de París. La orientación es completamente nueva en la forma presentada por Durkheim; la base de todo su método es considerar los *hechos sociales* como *cosas*, cuya naturaleza, por flexible que sea, no es, sin embargo, modificable a voluntad. Hace depender la evolución colectiva de condiciones objetivas definidas en el espacio, aun cuando bajo



este aspecto se confiesa materialista; pues su objetivo principal es extender el *racionalismo científico* a la conducta humana, haciendo ver que, considerada en el pasado, es reducible a relaciones de causa y efecto, que una operación, no menos racional, puede transformar más tarde en reglas de acción para el porvenir. Al sostener que la causa de la sociología objetiva, específica y metódica ha ido ganando terreno sin interrupción, y que se ha considerado paradójico asimilar las relaciones del mundo exterior (cosas-hechos), se defiende el distinguido sociólogo explicando no que los hechos sean cosas materiales, sino cosas con el mismo derecho que estas últimas; es decir, que no se trata de clasificar en tal o cual categoría objetiva, o de lo real, sino de observar con ellos una determinada *actitud mental*; pues que todo objeto de ciencia es una cosa, a excepción, quizá, de los objetos matemáticos. El mismo Augusto Comte ha proclamado que los fenómenos sociales son *hechos naturales* sometidos a las *leyes naturales*; luego, les reconoce de una manera implícita su carácter de cosas.

IV

Con ser tan abundante la literatura sobre metodología de las ciencias históricas, las obras de este género se reputan, en su mayoría, como simples tratados de retórica, al menos las anteriores a la centuria pasada; y no gozan, en opinión de las autoridades, de mayor fama que las de filosofía de la historia. En general, aparecen obscuras y hasta inútiles. Algunos llegan —dentro de lo absurdo— a sentar el principio apriorístico de que se puede ser historiador sin preocuparse de los dogmas de la metodología histórica. Otros, más racionales, exponen el principio de que el método histórico se enseña con el ejemplo; y que el mejor medio para hacer *crítica histórica* no es el teórico, sino practicarla. Pero es ya inútil, como lo confirman Langlois y Seignobos, hacer conocer y justificar lógicamente la teoría de los procedimientos verdaderamente racionales y, por consiguiente, el conocimiento del método en las ciencias históricas.

Hay, pues, numerosos tratados sobre la materia; pero la condensación de esos procedimientos la presentan hoy, a la luz de la ciencia moderna, los profesores alemanes, los franceses y, en

cierto modo, los pocos españoles de escuela alemana y austriaca que cultivan la metodología histórica.

Entre los alemanes está Ernesto Bernheim, profesor de historia en la Universidad de Greifswald; entre los franceses, Ch. Langlois y Ch. Seignobos, acabados de citar, y ambos profesores de la Sorbona; entre los españoles, Z. García Villada, educado esmeradamente durante varios años en las universidades y laboratorios históricos de Innsbruck y Viena.

Bernheim es actualmente uno de los primeros y mejores metodólogos históricos del mundo, y su obra fundamental, el *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, Leipzig, 1908, es obscuro al exponer el concepto científico de la historia y admite en la explicación de los hechos el sistema humanitario y naturalista de Herder, Humboldt y Lotze. A pesar de la crítica que del *Lehrbuch* han hecho Langlois y Seignobos (falta de vigor y de originalidad), lo calcan para conformar todas las partes esenciales de su *Introduction aux études historiques*, París, 1905; y, en consecuencia, caen en lo mismo que censuran (falta de originalidad).

Bernheim no se dirige al *gros public*; la lengua en que ha redactado su obra es, generalmente, inaccesible a aquél, y la forma la hace difícil para el principiante; por tales razones, Langlois y Seignobos justifican la aparición de su trabajo que, en verdad, es más manejable y popular. En la Sorbona, aquellos ilustrados profesores sintieron la necesidad urgente, al emprender los cursos históricos, de reglas e indicaciones metodológicas. La mayoría de quienes se dedican a la carrera de la historia (*op. cit. Avertissement*) lo hacen, ciertamente, sin saber por qué, sin haberse preguntado a sí mismos si son aptos para los trabajos históricos, de los cuales ignoran frecuentemente hasta su naturaleza. De ordinario se escoge la carrera de la historia por los más fútiles motivos: porque en la escuela se obtuvo el éxito en esta materia; porque se experimentan o sienten por las cosas del pasado los atractivos románticos que en otro tiempo decidieron —se dice— la vocación de algún notable historiador. A menudo se abriga la ilusión de que la historia es una disciplina relativamente fácil. “Es preciso que las vocaciones irrazonables se definan o pongan a prueba.”

La *Introduction* señala el camino, en los “Conocimientos pre-

liminares”, para la búsqueda de los documentos, y para penetrar con fruto en el campo de las “ciencias auxiliares”, y, en seguida, se va al fondo de la materia (“Operaciones analíticas”; “Crítica externa o crítica de erudición”; “Crítica interna: de interpretación, de sinceridad y exactitud”; “Operaciones sintéticas”; “Construcción histórica”; “Exposición”).

Más científico, más claro y sobre todo más moderno y al día, es el trabajo de García Villada: *Cómo se aprende a trabajar científicamente. Lecciones de metodología y crítica históricas*, que salió de las prensas de la opulenta Ciudad Condal, en Cataluña, en la segunda mitad de 1912. En cinco capítulos expone, con gran erudición y muy jugosamente, y con copiosa literatura bibliográfica, la materia toda, no obstante sus cortas páginas (I: “Necesidad del método histórico”; “Desarrollo y literatura de la metodología histórica”; “La historia narrativa, la pragmática y la genética”; II: “Heurística”; “Conocimiento de las fuentes históricas”; “Las bibliotecas españolas medievales”; “El estudio de las bibliotecas y de los archivos españoles desde el siglo xvi hasta nuestros días”; “Instrucción sumaria sobre el modo de catalogar códices y documentos”; “Las otras ciencias auxiliares de la historia”; III: “Crítica”; “Crítica externa”; “Crítica interna”; IV: “Síntesis y exposición”; V: “El seminario o laboratorio histórico”).

No mencionamos especialmente los meritísimos y abrumadores trabajos de don Rafael Altamira, bien conocido de los intelectuales mexicanos (*La enseñanza de la historia*, 1895, grueso e importante volumen, cuya segunda edición viene preparando y anhelando el autor; *De historia y arte*, 1898; *Cuestiones modernas de historia*, 1904), porque, en general, no se consagran al tecnicismo ni a la especialidad metodológica, en la cual no se ocupa el erudito y muy laborioso catedrático de la Universidad de Oviedo. Sin embargo, debe recomendarse su lectura por lo mucho que se aprende en sus páginas y los nutridos datos que enriquecen tan estimable labor.

Entre nosotros, corresponde al joven abogado don Roberto A. Esteva Ruiz la honra y la satisfacción de haber sido el primero que, en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, señaló el verdadero camino científico del *trabajo histórico*, al formular, en enero de 1914, su *Programa de investigaciones históricas*,

con lo cual planteó una reforma radical en la orientación del museo, desde el punto de vista de la historia de México. Pero al encargarse el que esto escribe del Departamento de Historia, a principios de octubre de ese mismo año, comprendió la necesidad de reformar, a su vez, el *Programa* para las mal llamadas *clases*, en el ramo de historia, saliendo de las rutinas anteriores, en consonancia con las nuevas direcciones. Era preciso más, y esto comenzó también a realizarlo el suscrito: aceptar las generalidades del programa del licenciado Esteva Ruiz, más en el concepto de fijar primero, y en un estudio especial, las bases para la metodología, la crítica de las fuentes y la construcción histórica; es decir, que, de no descender al detalle, al mecanismo, al conocimiento preciso de la técnica metodológica, y si no se sabe de antemano cuáles son las *fuentes* cuya crítica va a emprenderse, ni cómo se llevan a cabo los trabajos de *análisis* y *síntesis*, todo programa que no comprenda esta serie de labores, y para su fin concreto, sale sobrando, sobre todo para jóvenes estudiantes sin ninguna preparación.

Inspirado en esas ideas y en las más modernas enseñanzas, sobre todo en los trabajos de Bernheim, de Gabriel Monod, de Ernesto Lavisse, de Langlois y Seignobos, del mismo Altamira en la parte conducente, y más que nada en los de García Villada, trabajé mi programa de *Metodología, crítica y construcción histórica*, y los *Apuntes* que le son anexos; programa que comprende los preliminares sobre el concepto científico de la historia, y sobre el método histórico-crítico, y las cuatro grandes partes en que actualmente se divide la historia como ciencia: i. Heurística o conocimiento de las fuentes históricas; ii. Crítica de las fuentes; iii. Síntesis o elaboración del trabajo histórico; iv. Exposición escrita de los resultados obtenidos. Cierra un estudio complementario compuesto de dos capítulos imposibles de suprimir, so pena de quedar trunca las ideas generales sobre determinada categoría de concepciones: *Psicología de la historia*; *Filosofía de la historia*, en lo que puede interesar al historiógrafo moderno y aun a todo individuo culto que pretenda integrar sus conocimientos y darse cuenta del estado actual de la cuestión. La psicología y la historia se hallan en estrecho maridaje: Ribot traza en su *Psicología* un cuadro de las creaciones principales de la actividad humana que pueden completar la importante disciplina que estudia los

hechos de la conciencia: las artes, las ciencias mismas y la historia; que en el sentido corriente del término, la historia de las dinastías, de las revoluciones, de las guerras, sobre todo en las *memorias y biografías*, nos demuestra las ideas, las pasiones, los apetitos prodigiosamente agrandados por la escena del mundo. Hipólito Taine pudo escribir: “Explicar una revolución es hacer una página de psicología”.

Sobre la antigua filosofía de la historia nada sabría un estudiante si al menos no se le diera a conocer la literatura que mantuvo durante largos años aquella dirección; y nada mejor que hacer esa exposición doctrinaria de la discutida filosofía, al final ya, de todo curso, para evitar en lo posible, extravíos fáciles, de criterio y de apreciación.

Mi programa está dividido en dos grandes partes, que se desarrollan una en pos de la otra y al través de un curso completo: en la primera, se exponen las generalidades sobre la ciencia de la historia y toda la metodología, como se ha indicado; en la segunda, se entra a la aplicación directa de la crítica de los hechos y construcción histórica, con generalidades sobre ciencias importantísimas y necesarias para la investigación (antropología; etnología; arqueología; prehistoria; morfología, en lo que de ella puede aplicarse a la construcción histórica; filología y lingüística; sociología y ciencias sociales; psicología); aparte, se entiende, de las llamadas auxiliares, y que corresponden al dominio del método histórico-crítico (paleografía, diplomática, epigrafía, esfragística, heráldica, numismática, cronología, geografía histórica, cartografía, indumentaria y mueble).

Que ningún concepto nuevo ni ninguna nueva enseñanza contienen la presente Introducción y los Apuntes que le siguen, para quienes son sabios o presumen de eruditos, es una verdad que por conocida se calla. Ni nada nuestro podríamos exponer dentro del anémico y desmedradísimo medio intelectual en que vivimos, donde todos, generalmente hablando, hemos tenido que ser *a fortiori* autodidactos, sin cátedras ni direcciones especiales para el cultivo de la metodología histórico-científica. Tenemos, de consiguiente, que seguir el movimiento que viene de afuera, de las aulas alemanas, en primera línea, tan disciplinadas y ya veteranas en el terreno científico.



Que nuestra exposición contiene, y habrá de contener, múltiples errores de doctrina, de apreciación, de dirección desviada, hasta incontables equivocaciones, tampoco queda fuera de duda: ello es casi inherente a todo esfuerzo propio y genuinamente individual; y más cuando se recorren senderos desconocidos y difíciles hasta para los mismos maestros.

Sin embargo, nos alienta nuestra aplicación ardiente e ininterrumpida —a pesar de las hondas amarguras de la existencia— al estudio de las ciencias históricas y sociales, que de tan alta trascendencia son en todos los tiempos, para darnos cuenta, como intenso medio cultural, de los hechos y de los fenómenos sociales que se suceden en el mundo exterior, cual en cinta cinematográfica, y sacar saludables enseñanzas.

Sin falsas presunciones, tendemos a seguir toda sana orientación, con todos nuestros esfuerzos y vivas energías, a fin de colaborar —como antes lo dijimos—, en humildísima esfera, a la disciplina mental de nuestra robusta juventud, dentro de las vastas heredades de la historia; y abreviarle, al par, el camino que nosotros hemos tenido que seguir, ora andándolo, ora retrocediendo, a causa de nuestra disculpable inexperiencia en la metodología histórica, y del *autodidactismo obligado* que hoy se condena universalmente en el estudio profundo de todas las ciencias.

México, enero de 1916